

lares, ni su fantástico matrimonio con Don Juan de Austria, el Gobernador español en Flandes, que estaba organizando la Armada Invencible, y, finalmente, tampoco la Providencia, pues había de purgar justamente sus pecados, ya que, habiéndola negado la reina Isabel ser asistida de un confesor católico, envía otro protestante, que ella rechaza en la oscura mazmorra, y, finalmente, escribe su célebre carta. ¡Con qué emoción tan acendrada y con sentimiento tan tierno, que nos muestra que la verdadera literatura no es hinchazón retórica, sino sentimiento fuerte! Cuando dice: «A nadie acuso, y mas a todos perdono con sincero corazón, así como deseo que Dios primero y luego los demás me perdonen a mí, y así, pues, señora, en nombre de ese Jesús ante quien se inclinan todos los poderes, ruégoos ordenéis que, cuando mis enemigos hayan satisfecho su negra sed en mi sangre, permitáis a mis pobres y desolados servidores para que lleven mi cuerpo, para que lo entierren, al camposanto con las otras reinas de Francia», palabras que honrarían, ciertamente, la más bien rasgada pluma del más renombrado de los escritores, pues constituyen una de las páginas más hermosas que ha escrito la literatura universal; todo lo abarca esta interesante biografía, en que se narra con la máxima atención la vida de la heroína con deslumbrantes claridades y negros y tétricos colores, dignos, ciertamente, de la pluma sombría de un drama de Shakespeare.

MEMORIAS DE UN CABALLERO,

por DANIEL DEFOE.—Un tomo
en 4.º, 300 páginas.

Encontramos acertada, ciertamente, la presente obra, que nos pinta maravillosamente el mundo contemporáneo del autor.

Y es que, en efecto, la Historia es un género literario siempre atrayente; en ella el autor no tiene que esforzarse en mantener sostenido el interés del auditorio: se lee siempre con agrado; por su índole, está exento, generalmente, de las largas descripciones de tipos, caracteres morales, paisajes, costumbres y ciudades, que a veces llegan a cansar en la Novela, y que son relegados a segundo lugar en la Historia. Su acción es simple y poco compleja; es, sin embargo, general y sintética, no permitiéndonos, salvo en el género novelesco, como la actual obra, de entretenernos narran-

do la anécdota o el incidente; su expresión es generalmente fría, sin proporcionarnos sentimientos estéticos, y es eminentemente narrativa; carece de diálogo, que tanto ameniza la Novela, y la expresión literaria enunciativa adquiere ordinariamente poco vigor, y se reduce a narrarnos los hechos, despreciando generalmente las palabras, las cuales, al revés que las letras escritas, son llevadas por el viento, despreciando también, con notoria injusticia, los razonamientos, olvidando que la Historia está movida por la voluntad humana, y ésta por la inteligencia; y así, la expresión enunciativa sólo resalta en alguna frase histórica que ha llegado a hacerse célebre, y que, por decirse sin meditada reflexión, sólo expresa un determinado estado de ánimo, y sus razones resultan empíricas y conducen frecuentemente al sofisma o al error; de la Ciencia tal vez la aparta el carecer de un método sintético o experimental; de la Novela la diferencia el carácter verídico de los hechos que narra, analizados de una forma intrínseca o extrínseca por la crítica histórica. Por eso consideramos esta obra como un género intermedio entre la narración novelesca, siempre imaginaria y sentimental, y la crónica, lacónica y seca, erudita y crítica; pero, por otra parte, tampoco merece calificarse de novela histórica al estilo de lord Byron y los románticos lakistas ingleses.

Y, sin embargo, esta obra es maravillosa en la descripción del ambiente en que desarrolla esta colosal epopeya; la guerra de los Treinta Años alemana y la guerra civil inglesa, sobre todo, aparecen trazadas de mano maestra; sus cuadros, exentos de las naturales pinceladas para explicarnos los muebles, trajes, costumbres y diversiones de la época, no llegan tal vez a la categoría de fuente histórica, pero se aproxima a ella, pues sobre el trabajo de Defoe se han formulado dos distintas hipótesis, según las cuales, en una el caballero biografiado es el propio Defoe, y otra, éste sólo recogió los relatos de los testigos presenciales; por eso, si seguimos el criterio de Balmes, según el cual, mejor pinta la Biblia o la *Iliada* su época, a pesar de haber sido Homero ciego, los hechos que presenció que los más eruditos y renombrados historiadores modernos, pues éstos, para darnos idea de la vida en aquellas remotas décadas, han necesitado crear una nueva disciplina en la Historia y la Cultura, pues para hacernos las descripciones de las batallas con un criterio rigurosamente estratégico, tienen que prescindir de algunas figuras literarias, como son los retratos físicos y morales que adornan las páginas de Fernán Gómez y Hernando del Pulgar, en sus *Generaciones y semblanzas* y en sus *Claros varones de*

Castilla, que hacen que también conozcamos las figuras secundarias que ornaron la corrompida Corte del último y desgraciado vástago de nuestros Trastamara; ello, sin embargo, no impide que esta obra sea, hasta el presente, el más completo, delicado y minucioso estudio de la guerra civil que los Estuardos sostuvieron contra el Parlamento, lo que avalora grandemente este libro, debido a la firma autorizada de Daniel Defoe, uno de los más grandes literatos que la nación inglesa, cuyas ideas «wighs» le llevaron a la política, y de ésta al cadalso, el cual llenó de flores el público inglés, y que más tarde, convertido a la ideología tory, se dedicó a realizar trabajos literarios de tan alto valor, como el presente, y en que llegó a culminar un genio en el *Robinson Crusoe*, una de las más grandes epopeyas literarias de la Humanidad, en la que tan maravillosamente se plasma la lucha de la naturaleza con el hombre.

Su obra sería comparable con la del viejo soldado de Cortés, el cronista castellano Bernal Díaz del Castillo, testigo presencial de la epopeya contra Moctezuma, pero en un adecuado paralelo; el inglés se muestra más impetuoso; el español, más cauto; el anglosajón muestra más cultura estratégica en la práctica militar; el castellano, un mayor conocimiento de la vida y de los hombres; aquél se deja llevar por la vanidad, éste por la envidia; el uno se limita a narrarnos el hecho militar en las cargas impetuosas de los combates, el otro nos describe la flora, fauna y costumbres de los países que recorren y compone, al mismo tiempo que una crónica histórica, un libro de Geografía, una curiosa narración de viajero y un verdadero tratado muy psicológico de política; mientras que el inglés trata de demostrarnos cuál fué la táctica que le llevó a la victoria, tanto cuando militó bajo los estandartes de Gustavo Adolfo que cuando abrazó la causa desgraciada de la nobleza británica, admirándonos siempre por sus conocimientos castrenses en todas las múltiples batallas en que toma parte, aunque una herida le impide presenciar la batalla de Lutzen, cuya espectacular carga de la caballería sueca contra las artilladas lomas imperiales, retrocediendo y haciendo caer a Gustavo Adolfo, que trata de contenerlas, resulta omitida; en lo demás, la obra resulta maravillosa, y ninguna de las editadas en España la superan, llenando una verdadera laguna bibliográfica de nuestras ediciones sobre la guerra de los treinta años en su período sueco y, sobre todo, la guerra civil inglesa, que describe de mano maestra con maravillosas y certeras pinceladas.